

PARTIDA

Todo el espacio es una línea en el centro del átomo
a que se reduce cada hombre, en su canto de soledad. El horizonte,
que nos parece inmenso con su dibujo de la mañana,
cabe en el fondo de un vaso, cuando bebemos el primer
café, en que los sueños de noche se deshacen con un sabor
amargo a día de invierno. Y las nubes bajan al nivel de los ojos,
para que las metamos en el dedal de una costura de límites,
y su contorno sirva de encaje a la almohada del tedio. Entonces,
el ser se liberará de esta caja vacía. Llevará con él al
horizonte y las nubes; y sólo si nos aferramos a un hilo de niebla
podremos seguir su camino, hasta ese reborde de
acantilado que el cuerpo no transpone. Más allá de él, está el mar
de la esencia, con sus mareas de certeza y de
inquietud, y el abismo de duda que se abre cuando el
temporal nos amenaza. Hacia atrás quedó la existencia,
la vida, las cosas concretas, como los sentimientos y
las palabras que forman y transforman lo que somos. Sin embargo,
en esta frontera ¿qué hacer de los caminos que se abren?
¿Cómo avanzar, sin barco o rumbo, en dirección a qué
puerto? Y qué nos espera en el regreso al lugar de
donde nadie debe partir, si no tuviera en el bolsillo, la carta
de llamada, la dirección, la voz acogedora de un dios?

ECO DE VIAJE

Partir —¡oyendo la noche golpear
contra los vidrios de la memoria! Líneas
sucediendo líneas, en los grandes
continentes donde el hielo se derrite
en el curso de ríos dispersos en el mapa
de la vigilia. Dejar que el ruido
de los rieles empañe las frases murmuradas
en el corredor, mientras los viajantes
buscan un bar por entre
los carruajes. ¿Decorar nombres de ciudades
que la oscuridad oculta, y sólo se dejan
adivinar en el súbito brillo de estación
donde alguien duerme, en un banco
de madera, bajo el reloj parado
en otro siglo? Respirar el calor
tibio de los dormitorios improvisados,
conviviendo con sombras que
resuenan una resaca de alcoholes
baratos. Y ver la imagen
que nace en el súbito suavizar
de ruedas, cerca de la frontera,
arrojando sobre mí una mirada
que aún hoy no sé leer, como
si su lenguaje se hubiera
perdido en un alfabeto de viejas
emociones.

NAVEGACIÓN ERRANTE

¿Para donde me llevan estas barcas blancas, de velas desplegadas como las nubes del ocaso, con sus vientres de fuego y sus proas de agua? Me dejo conducir en su rumbo sin viento en el horizonte, en este mar muerto de sentimientos a la deriva, donde cuajaran los sargazos del equinoccio; y desembarco en cada puerto, y oigo la canción triste que los marineros callan, cuando las mujeres los empujan hacia el fondo de los cuartos sin luz.

Pero nunca permanezco donde me quieren; si desembarco, los pies se entierran en el fango del muelle; y me aferro a las cuerdas del combés, hasta sentir que las manos sangran, mientras la tierra se aleja y el temporal oscurece las almas. “-¿Qué haces aquí?- pregunta el piloto: -¿Qué camino me enseñaste, que me aleja más y más de cada nuevo destino?”. Me río de sus ojos ciegos, y le quemo todos los mapas, como si los pudiera haber leído.

Un día descenderé de las bóvedas del sueño; reabriré la litera del camarote, donde se esconden las mujeres que me entregaron su cuerpo; las echaré hacia fuera de la noche, lavándoles los senos como la luz naciente. “¿Por qué nos robaste la vida?”, me preguntan; y se las cedo a los moradores del sótano, oyendo una resaca de marea en los gemidos del amor.

VERBO

Pongo palabras encima de la mesa, y dejo que se sirvan de ellas, que las partan en rebanadas, sílaba a sílaba, para llevarlas a la boca —donde las palabras se dan vuelta para juntarse, para caer en la mesa.

Así, conversamos unos con los otros. Cambiamos palabras; y robamos otras palabras, cuando no las tenemos; y damos palabras, cuando sabemos que están de más. En todas las pláticas sobran las palabras.

Pero hay las palabras que quedan sobre la mesa, cuando nos vamos en buena hora. Quedan frías, con la noche; si una ventana se abre, el viento las sopla hacia el suelo. Al día siguiente, la sirvienta habrá de barrerlas para la basura:

Por eso, cuando me voy en buena hora, verifico si quedaron palabras sobre la mesa; y las meto en el bolsillo, sin que nadie lo repare. Después, las guardo en la gaveta del poema. Algún día, estas palabras han de servir para algo.

FOTOGRAFÍA BLANCA

Veo esta situación con la nitidez del fotógrafo:
posada la cabeza en la mano derecha, un cigarrillo
cautivo en los dedos, la mirada perdida en casi
nada. Invento la imagen que se forma
en tu cabeza, a partir de esa nada: una
nube; y por dentro de esa nube, todas
las formas del sueño. Contra todo, el cielo no
te perturba el pensamiento; tampoco los vientos
que traen y llevan las nubes, como
barcos, en el océano de tu memoria. Y
regreso a la situación inicial: tú, sentada a la
mesa, para que yo te pudiera fijar
con la nitidez del fotógrafo, me miras,
como si yo estuviera enfrente; y
tu mirada apaga el tiempo y la distancia,
desafocando la imagen, como si el humo
del cigarrillo te envolviera el rostro, y
te trajera de vuelta a mí, como
nube, o sueño, que el viento disipa.

¿LO QUE ES LA VIDA?

El poeta griego que comparó el hombre a las hojas que no duran, cuando el invierno les robó la esperanza de vivir de acuerdo con sus deseos, no salió esta tarde para el campo, ni vio el cuerpo que se interpuso entre el sol y los arbustos, oscureciendo el cielo con su blancura de nieve primaveral. Preguntó, mientras, de qué sirve la vida, y para qué sirve la alegría, si no existe, más allá de ellas, el horizonte dorado del amor; y alejó de su frente el crepúsculo, diciendo que prefería la madrugada, luego que el gallo canta, para despertar con el propio día. Ese poeta, que el polvo de los siglos sepultó, y no llegó a encontrar, para sus dudas, ninguna respuesta, aconsejó a los que lo leían que se divirtiesen, antes de que la muerte los fuera a sorprender. Y me acuerdo, a veces, de este pedido, al pensar que la memoria de alguien se puede limitar a una pequeña frase, que puede ser la más banal de las sentencias, que nos viene a la cabeza en una u otra circunstancia. Entonces, el poeta griego continúa vivo; y esta tarde, por detrás de los arbustos, oí su voz en el viento que por instantes sopló, trayendo con su frescura el sentimiento que sobrevive a todas las estaciones de una vida humana.

RELEYENDO A SHELLEY

En la “Oda al viento del este”, Shelley desearía ser como una hoja humana, arrastrada por los aires, por entre las aves y la lluvia que el otoño mezcla cuando su gris invade los cielos, y nos recuerda que la naturaleza se asemeja a nosotros en su destino mortal. Sin embargo, tal como muere, renace; y esta diferencia nos alcanza cuando, a la primavera siguiente, percibimos de que el tiempo tiñó con su tristeza el ánimo que debía cantar como el agua de las fuentes, o reverdecer como los ramos secos. En vano miramos para los campos, a nuestra vuelta, esperando que su luz nos empuje hacia dentro de la vida. Pero la sequía invernal se prolonga en el alma; y un frío continúa a soplar del este, como ese viento antiguo que Shelley cantó. Y veo estas cosas acontecer como el resultado natural del tiempo. De un lado, nada cambia, como las aguas del lago que ninguna ola agita, y los ojos que reflejan el breve azul del mediodía; de otro lado, los días y las estaciones no cesan el recorrido que hemos de seguir, subiendo las escaleras que nos parecen sin término. Y suspendo la respiración, oyendo un soplo que me acompaña: ¿poema, o murmullo de quién? Y como si me acompañaras de nuevo, y no estuviera aún lejos esa primavera de la que tu distancia me aísla.

(*) Traducciones de Marco Antonio Campos, en colaboración con el autor. Tomado de: <http://letras.mysite.com/mac270320.html>